

Huerto de Cruces Gabriel Miró

*Centenario del Premio Mariano
de Cavia de 1925 a Gabriel Miró
por su relato «Huerto de cruces»*



Con la participación de
**Ginés García Millán y
Miguel Ángel Lozano**

10 diciembre 2025 - 19:00 h.

Aula de Cultura de Alicante
Avda. Doctor Gadea, 1

**MEDI
TERRA
NEO**

Publicación editada por la Fundación Mediterráneo con motivo del acto de conmemoración del Centenario del Premio Mariano de Cavia que recibió Gabriel Miró en 1925 por su relato *Huerto de Cruces*, texto que forma parte de su última novela *Años y Leguas*.



Edita: Fundación Mediterráneo
Diseño y maquetación: Sento Acosta

foto de Polop de la Marina



Índice

3 Estructura del acto

5 Introducción

6 Ginés García Millán

8 Miguel Ángel Lozano Marco

10 Huerto de cruces (*relato completo*)

17 Biografía de Gabriel Miró



Estructura del acto:

El acto dará comienzo con la intervención del catedrático emérito de Literatura Miguel Ángel Lozano, especialista en la obra de Gabriel Miró, quien se encargará de contextualizar la escritura de *Huerto de cruces* y de introducir sus claves temáticas y estilísticas.

A continuación, el actor Ginés García Millán pondrá voz al relato en una lectura escénica que, gracias a su sensibilidad, experiencia interpretativa y precisión expresiva, abrirá el texto a una dimensión emocional y sonora que solo la escena puede ofrecer.

Una vez realizada la lectura y ya compartido el texto con el público, el profesor Lozano retomará la palabra para profundizar en algunos aspectos interpretativos del relato y propiciar, finalmente, un diálogo abierto con los asistentes.

Más que un homenaje, la Fundación Mediterráneo ha concebido este evento como una forma de escucha: una lectura en voz alta y compartida, para redescubrir la prosa de Miró como experiencia viva, encarnada, destinada a conmover, a resonar y a revelar —como nadie lo ha hecho— el paisaje emocional y sensorial del Mediterráneo alicantino.



GABRIEL MIRÓ
1879-1940

A
SIGÜENZA
EN SU
HUERTO
DE
CRUCES

Introducción

La Fundación Mediterráneo custodia el legado personal y documental de Gabriel Miró, uno de los escritores más singulares y exigentes de la literatura española del siglo XX. Esta responsabilidad patrimonial y cultural implica no solo conservar su memoria, sino también propiciar nuevas lecturas que devuelvan actualidad a su obra.

Con ese propósito, y coincidiendo con el centenario del Premio Mariano de Cavia que recibió en 1925 por su relato *Huerto de Cruces*, organizamos un acto conmemorativo en nuestra sede de Alicante.

El texto premiado —breve, simbólico, luminoso y que demuestra la sobresaliente destreza de su autor— condensa muchos de los núcleos temáticos de la prosa mironiana: la infancia, la muerte, el paisaje, lo místico (que no religioso) y, a su vez, lo terrenal.

En el caso de *Huerto de Cruces*, todo ello se presenta con un llamativo contraste entre contenido y continente: el escritor describe motivos típicamente góticos, como cementerios, cuervos, serpientes, calaveras, ataúdes, la muerte... pero, orfebre del lenguaje y maestro de la técnica literaria, Miró es capaz de dotar a todos estos elementos de una dimensión opuesta,

luminosa y vívida. Para el alicantino, la realidad halla en la vida su sentido, pero el mundo no se interrumpe cuando la vida concluye: simplemente sigue, como siempre ha seguido.

Con este acto conmemorativo, la Fundación Mediterráneo quiere también contribuir a romper el estigma que, con frecuencia, acompaña a la obra de Gabriel Miró: el de ser oscura, críptica o excesivamente exigente para el lector contemporáneo. Acercarse a su prosa, es cierto, implica una disposición activa, una entrega paciente, incluso un esfuerzo de lectura. Pero el retorno es inmenso.

Miró, que dialoga más con sus coetáneos europeos —de Virginia Woolf a Marcel Proust— que con los escritores españoles de su tiempo, se aparta deliberadamente de las grandes ciudades para volver la mirada hacia lo rural, hacia lo íntimo y lo esencial, como se percibe con especial claridad en *Años y leguas*. A cambio, su literatura ofrece una prosa luminosa, consciente, de una sensibilidad extrema, que encuentra en la precisión del lenguaje su verdadera forma de pensamiento.

Pocos escritores han cuidado el idioma como él, y pocos han logrado hacer de la palabra una forma tan intensa de experiencia.



Ginés García Millán *(Puerto Lumbreras, 1964)*

Actor que combina el teatro, el cine y la televisión. En teatro, abriendo la temporada 24/25 del Teatro Español, estrenó “Luces de Bohemia” de Valle Inclán, con dirección de Eduardo Vasco. Y tras el éxito que tuvieron, el próximo 23 de enero de 2026 vuelve al Español para interpretar a Max Estrella.

Sus últimos trabajos en teatro han sido “Amistad” de Juan Mayorga y dirige José Luis García Pérez, “El pan y la sal de Raúl Quirós, dirigido Andrés Lima, “Espía a una mujer que se mata”, versión de Tío Vania de Chejov,

dirigido por Daniel Veronese, “Jugadores” de Pau Miró, “Kathie y el hipopótamo”, dirigida por Magüi Mira, y con otros directores como Daniel Veronese en las obras “Los hijos se han dormido”, “Glengarry-Glen Ross” y “Mujeres Soñaron Caballos”; Eduardo Vasco en “Hamlet” y “Don Juan Tenorio”; Miguel Narros en “El Rey Lear” y “Así que pasen cinco años” e Ignacio García May en “Hamlet” y “Corazón de Cine”.

En cine, este 2025, ha rodado “Cada día nace un listo”, dirigida por Arantxa Etchevarría, que se estrenará el 22 de mayo de 2026. Sus últimas pelí-

culas han sido la última película de Jaime Chávarri “La Manzana de oro”, “El Comensal” dirigida por Ángeles González-Sinde y “La novia de América” dirigida por Alfonso Albacete. Destaca su labor en películas como “La maldición del guapo”, dirigido por Beda Docampo “Los asesinatos de Goya”, dirigido por Gerardo Herrero, “La punta del iceberg”, dirigido por David Cánovas, “Vulcania”, dirigida por José Skaff, “Felices 140” de Gracia Querejeta, “23F la película” de Chema de la Peña, “Mensaka” de Salvador García Ruiz, “Insomnio” de Chus Gutiérrez, “El año del diluvio” de Jaime Chávarri, “Reinas” de Manuel Gómez Pereira, “Pasos” de Federico Luppi, “Sólo mía” de Javier Balaguer, “Mamá es boba” de Santiago Lorenzo y “El infierno prometido” de Juan Manuel Chumilla.

En este año, ha intervenido en la segunda temporada de “Entre Tierras”, y sus últimos papeles en televisión más han sido en “La sombra de la tierra”, dirigido por Elvira Mínguez, “Una vida menos en Canarias”, dirigido por Inma Torrente y Moisés Ramos Paíno, “Serrienes: madera de actor”, dirigido por Miguel García de la Calera, “La Red púrpura” y “La Novia Gitana” dirigida por Paco Cabezas, en las 3 temporadas de la serie mexicana “¿Quién mató a Sara?” para Netflix, que ha sido las series más vistas en los últimos años en las de 70 países,

“Libertad” dirigido por Enrique Urbizu, “El Cid” creada por Luis Arranz y José Velázquez, “White lines” creada por Álex Pina, “Matadero”, dirigido por Jordi Frades, “Félix”, dirigido por Cesc Gay, “La Catedral del Mar” dirigido por Jordi Frades, “Libertad”, dirigido por Enrique Urbizu, “El Cid”, dirigido por Adolfo Martínez Pérez, “White Lines”, dirigido por Luis Prieto y Nick Ashley Way, “Isabel”, “La Señora”, dirigido por Jordi Frades, “Herederos”, dirigido por Jorge Torregrosa y Norberto López, “Adolfo Suárez: Presidente”, dirigido por Sergio Cabrera, “Motivos Personales” dirigido por Salvador Calvo y Rafael Moleón, “Cuéntame cómo pasó” dirigido por Óscar Aibar, Antonio Cuadri y Azucena Rodríguez.

En categoría de premios, fue galardonado con el Fotogramas de Plata 2025 a mejor actor protagonista de teatro por “Luces de Bohemia”. Además, destaca su Premio al mejor actor en producción internacional en los Premios de la Unión de Actores 2022 por *¿Quién mató a Sara?*, mejor actor secundario de teatro de la Unión de Actores 2011 por Glengarry Glen Rose, o el Premio Villa de Madrid 2008 de interpretación dramática para actores de teatro Ricardo Calvo por su interpretación en la obra *Mujeres soñaron caballos*, representada en el Teatro Valle-Inclán, y como reconocimiento a su intensa trayectoria profesional.

A portrait of Miguel Ángel Lozano Marco, an older man with glasses, wearing a white shirt and a dark jacket. He is standing in front of a bookshelf filled with books. The background is slightly blurred, emphasizing the subject.

Miguel Ángel Lozano Marco

Miguel Ángel Lozano Marco (Alicante, 1948)

Miguel Ángel Lozano es Profesor Emérito y ha sido catedrático en la Universidad de su ciudad natal hasta su jubilación en 2019, de cuya Facultad de Filosofía y Letras fue Vicedecano en el periodo 1986-1993.

Ha publicado estudios y ensayos sobre el Naturalismo radical, Leopoldo Alas “Clarín”, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, el Simbolismo en España, la influencia de Schopenhauer en la literatura, la novela corta, Darío de Regoyos, José Gutiérrez-Solana, Oscar Esplá, Gabriel Miró y Azorín, del que ha coordinado sus Obras Esco-

gidas (tres volúmenes, 1998) y la edición de sus novelas (dos volúmenes, 2011 y 2012).

También ha publicado los libros *Del relato modernista a la novela poemática: La narrativa breve de Ramón Pérez de Ayala* (1983, Premio Fastenrath 1987), *La literatura como intensidad* (1988), *Imágenes del pesimismo. Literatura y arte en España 1898-1930* (2001) y *Los inicios de la obra literaria de Gabriel Miró. Del vivir* (2010), así como ediciones críticas de obras de Azorín, Pérez de Ayala y Gabriel Miró.

Asimismo, ha coordinado también los volúmenes *Schopenhauer y la creación literaria en España* (1996), *Simbolismo y Modernismo* (2002), *El simbolismo literario en España* (2006), *Nuevas perspectivas sobre Gabriel Miró* (2007), *Novela lírica y novela poemática en el Modernismo español* (2010) y *Gabriel Miró en la modernidad literaria* (2021), además de las actas de los dos Simposios Internacionales sobre Gabriel Miró (1997 y 2002). Ha realizado la edición en tres volúmenes de las *Obras Completas de Gabriel Miró* (2006, 2007 y 2008), con sendos estudios introductorios.

Ha compilado también la edición de *Veraneo sentimental*, de Azorín, en versión completa y ordenada cronológicamente y ha coordinado la edición de los congresos azorinianos, de los que fue director, *Azorín, renovador de géneros* (2009), *Azorín, periodista* (2010) y *Azorín y otros escritores. Centenario del homenaje en Aranjuez* (2015).

Ha impartido numerosas conferencias en diversas ciudades españolas, así como cursos en la Universidad de Bielefeld, dentro del programa Erasmus, y ha intervenido en actos académicos, congresos, simposios o seminarios en universidades españolas y europeas (Groningen, Burdeos, Pau). Desde 1989 ha organizado o ha formado parte del comité organizador

de una veintena de congresos, simposios, seminarios y coloquios, nacionales e internacionales, referentes a la Literatura Española en el fin de siglo (XIX- XX), Modernismo, Simbolismo, y, especialmente, los dedicados a José Martínez Ruiz, Azorín y a Gabriel Miró.

En sus cuarenta y cinco años de actividad docente ha impartido diversos cursos sobre literatura española, referidos a todas sus épocas y periodos, con preferencia en las asignaturas dedicadas a la novela del Modernismo a la Vanguardia y, sobre todo, a la literatura de los Siglos de Oro, objeto predilecto de su interés para la docencia. De ello queda el libro que se ocupó de editar: *El Quijote*, libro abierto (2005).

Ha sido miembro del Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert” desde 1984 hasta 1999, director de la revista *Canelobre* (desde 1990 hasta 1999), director de la colección “Literatura y Crítica” y director de las *Obras Completas de Gabriel Miró* (Instituto Gil-Albert-C.A.M.). En la actualidad coordina, junto con las doctoras Laura Palomo Alepuz y Ma Dolores Thion Soriano-Mollá, la publicación en facsímil de las *Obras Completas de Gabriel Miró*, “Edición Conmemorativa” (1932-1949), con la incorporación de nuevos estudios introductorios.

Huerto de Cruces

A media mañana principia a removerse el entierro de Manihuel por el camino del Calvario. Las piteras están en flor, tortas de flor amarilla y apretada como girasoles. Zumban las avispas. Cantan los gallos en los estercoleros. La máscara de la quijada de cabrón deja su risa entre las revueltas de los escarabajos.

Trae la cruz parroquial un mozo labrador de sotana corta y alpargatas nuevas. Los monacillos alzan los ciriales como follajes frescos, y el sacristán, con gafas de mal lector y cráneo moreno, calvo y español, lleva el acetre de bronce en el brazo como un cesto de fruta; en el puño, el libro de los responsorios, y de su belfo le mana el caño de un *Réquiem*.

Detrás, en los hombros de cuatro jornaleros, se tuerce el ataúd negro como una barca vieja, hundida en el azul.

Resplandor amarillo de las vestimentas de oro pobre y felpa de luto. El párroco, con antiparras de mendigo, se abre los alones de la capa pluvial y se pisa el alba. El vicario, rojo, sudando bajo su sombrilla, se para, se enjuga, se asoma al valle, un alfoz verde de almendros y de higueras. Y el tercer capellán... ¿Quién sería el tercer capellán? Sigüenza se queda mirándole, mirándole. Lo recuerda y no lo reconoce.

(Había de ser entierro de tres capellanes, y, por la fiesta de San Pedro y San Pablo, toda la clerecía de la vall estaba obligada a sus parroquias. En el apuro se buscó a un alpargatero que sabe de letra y de solfa, y con la dalmática de subdiácono a cuestras, cantaba y oraba, añadiéndose mejor el cingulo como si se apretase la faja.)

La gente va remansando en el portalillo del cementerio. Aparece Gasparo Torralba, y destapa el ataúd.

El sol se aprieta como un jugo en la nariz de Manihuel. Una abuelita arranca la almohada del difunto para llevársela a la familia sin mullir la huella helada de la cabeza. Gasparo, Sigüenza y los jornaleros se quedan solos en el huerto de cruces.

Pasan cuatro cuervos. Parece que abran el azul con el corte de las alas. Se remontan croando. No dan pesar de cementerio. Son pardales de buen mal humor, y en medio de la mañana ahondan y hacen más agreste la soledad.

Gasparo se ríe, llamándoles galopos. Nunca cometieron aquí daño los negros compadres. Se posan en el último tapial mirando las higueras ahora que se regañan las brevas con rajas blancas y huelen de maduras. Acuden de Aitana.

Bajo sus ojos redondos van pasando los campos calientes; de algún derrumbadero quizá les sube el husmo de una carroña; en un muladar aldeano puede que fermente el bandullo de una res; en algunas tierras secanas y enjutas hay un rodal de gleba removida, crasa del unto profundo de haber enterrado un jumento. Todo lo adivinan los buenos pardales que se ponen a volar encima redondamente. Pero su regocijo se lo trae el verano con sus higueras verdes, olorosas, de todas las castas mejores que se crían en los bancales tranquilos, escalonados al pie del camposanto. Porque ellos saben que aquello es un camposanto, y que lo cuida Gasparo Torralba, y saben también que es día de fiesta y no hay labriegos en los huertos.

—¡Ay, los galopos! —dice Gasparo.

Los galopos apeonan brincando por las tapias como dueñas que se arregazan el faldellín para sus albricias y carantoñas. Por cuervos jóvenes que sean, parecen viejos. Se asoman; tienden las alas coronando las cruces, graznan como si se asustasen y se fuesen, y, de improviso, se precipitan, y los brevaes se abollan y retiemblan. Los pámpanos, las ramas, el tronco, se apiltrafan de brevas rasgadas; todo se impregna de un olor de confitura tibia y agria.

Las moscardas vienen a chupar en la cara de Manihuel. El sol de junio acerca a Sigüenza la impresión del paño de invierno de las ropas duras del difunto. La piel y el hueso de sus pulsos hundidos exhalan un frío mojado bajo la temperatura y el azul estival. A veces llega una respiración salina y le mueve una greña seca a Manihuel y le alborota a Sigüenza su cabello; a los dos.

En el portalillo, los rapaces del pueblo piden que abran. Gasparo se amohína. Un labrador intercede. Está siempre cerrado el cementerio. Hoy no hay escuela, y hay entierro. Es un gozo y una ansiedad que no pueden resistir los chicos. En fin, les abre, y pasan a botes atropellándose, como si saliese una llucada a picar en un lebrillo de afrecho.

Vuelven los cuervos tan cerca que se les ve el buche gordo de alimento blanco y dulce de viejos; y en el filo de los muros se mondan el pico pringoso de la granilla encarnada y pastosa de las brevas.

Los chicos corren apedreándolos desde las tumbas. Y Manihuel sigue fermentando bajo el sol y el campaneo glorioso de San Pedro y San Pablo.

Una mata de pasionarias sube colgando por el nicho donde han de sepultar a Manihuel. En cada flor hay una abeja que late gorda, llenándose de jugo de los clavos del Señor. Gasparo Torralba quiebra con su escardillo la corteza de yeso y adobes, y saca entre los follajes un ataúd estrecho, blanco y andrajoso. En seguida lo rodean los muchachos para mirar por las rajaduras.

—¡Es Lluiset, es Lluiset!

—Sí que es Lluiset —dice Gasparo—. Lluiset, nieto del difunto, era monaguillo de la parroquia. Un carro de estiércol le chafó una rodilla. La criatura penó mucho para morir. Se enrollaba, y se le quedó la pierna hinchada y horrenda como una pata de buey viejo.

Los chicos le atendían devorando el ataúd con los ojos. Y Sigüenza lo abre.

Está Lluiset con su sotanilla podrida y sobrepelliz que parece de recortes de papeles; un pie, el de la pierna intacta, se le ha caído entero en un rincón, y el otro sigue cuajado en la pata deforme de bestia.

Todavía hay que bajar otro ataúd despellejado, muy grande.

—Aquí está la suegra de Manihuel —dice Gasparo Torralba—. Murió a los noventa y siete años.

Los chicos rebotan de gozo por la golosía de mirar.

Es una vieja corpulenta; toda, hasta la mortaja y las calzas plegadas, es de barro cocido. Le cuelga en el seno una bolsica tiesa. Gasparo se la toma, y le descubre un sapo seco, liso, de manecillas primorosamente miniadas.

—Esto lo ponían de remedio contra los aijos. —Y lo deshace entre sus uñas hembras. De súbito, se revuelve, y arroja del hortal a los rapaces, y atranca la puerta.

Riéndose del susto que les dio, se llega a la desenterrada, y principia a catarla con su pulgar remachado desde los hombros a la calavera, que aún tiene en el hueso la mueca de la agonía.

Entran en el nicho la caja de Lluiset; encima, la del abuelo; y han de aupar, en lo último, el ataúd de la vieja. Pero Gasparo mide con el legón el cadáver. Ni destapado ha de caber. Le sobra la calavera, y se la desgaja, llevándose un sartalejo de vértebras de cartón, y la envía rodando al fondo de la sepultura.

A fumar junto a la muerta descabezada, que no parece una muerta. Los bordes del cuello tronchado se llenan de sol y de brisa. Lo que menos se le ocurre a Sigüenza es decir lo que todos hemos dicho alguna vez: «¡No somos nada!» Porque «aquello» era precisamente algo que no se relacionaba ni con nuestra carne ni con la nada. Carne y nada que nos hacen prorrumpir en exclamaciones ascéticas, «no somos nada, no somos nada», pensándolo, casi siempre, cuando no lo creemos de verdad.

Y se levanta Sigüenza y se asoma a la tapia. Los montes desnudan hoy gloriosamente su forma; forma pensada de la escultura del paisaje. El mar remoto es de piedra azul, y en medio, inmóvil, con las alas rectas, arde toda blanca la anunciación de un falucho. Dentro del hortal suena un ruido fosco, decrepito; después, golpes frescos, joviales, de vendimia. Es que Gasparo y los labradores arrastran el ataúd de la abuela y lo hunden a patadas en el nicho. Se dobla un

poco el cadáver contra la bovedilla. Desde un rincón, la calavera se miraba todo su cuerpo, y así para siempre, porque el nicho ya está en colmo. Y lo cierran. Mediodía. Se quedan solos Gasparo y Sigüenza. Plenitud de junio. Se hincha el valle respirando y Sigüenza recibe el olor y el tacto de la calma de los árboles calientes. Campanas de San Pedro. Años y años subirían los campaneos de las fiestas, acosándose quietecitos entre las cruces.

* * *

Sigüenza y Gasparo caminan abriendo con las rodillas el sembrado alto de geranios, de dondiegos, de gramíneas. Y se paran mirando un herbazal tierno que se ondula, se frisa y vuelve a su quietud viva, como si acabase de hollarlo alguien invisible.

Y Gasparo se ríe. Le refiere de su oficio con su habla oscura y abrasada de fumador pobre.

En lo antiguo, aquello que pisaban no era todavía camposanto. El camposanto estaba en las últimas peñas y ruinas del castillo de moros. Todo lo nuevo —y Sigüenza lo ve tan viejecito—, todo lo nuevo ha crecido en las manos de Gasparo Torralba; él subió en serones la tierra blanda de los huertos. Habrá dos brazadas encima del espinazo del cerro.

Van pasando por un callejón de panteones. En medio está el de la familia más hacendada; la hornacina, ciega, sin imagen; el altar, rudo; la lámpara, sin vaso; todo sin acabar, como las mejores casas del pueblo, también sin acabar. Es el cansancio de las gentes de la comarca, que principian una obra, fuman, se duermen y, al despertarse, toman otro propósito y se aburren.

Una cuesta entre casillas y jaulas de sepulturas y vertederos.

Gasparo coge una piedra, tirándola como un pastor a una cabra zaguera. Allí, donde atinó, en una fosa de escombros, está enterrado un forastero. Amaneció en el hostal. Paseó por el Calvario. Rodeó las paredes del cementerio. Se paraba; se asomaba al hondo. Le veían desde todos los portales del pueblo, y él encogiose de un brinco y cayó rebotando en las rocas y piteras. Allí, en la cantonada del muro, lo puso Gasparo, sin ataúd, sin un lienzo que le separe del tacto y del peso del pedregal. No tiene ni cruz. Ruedan los años y nadie pregunta por él; y este olvido y este silencio ponen como una lápida lisa encima de muchas leguas profundas de cadáver.

En cambio, arrimada a la tapia, cría musgo una lápida de verdad, sin tumba. Sigüenza la vuelve, y lee:

R. I. P.

*Ya que nos arrebató tu alma hermosa
el Dios de Abraham con su potente mano,
flores prodigarán sobre esta losa
y lágrimas un padre y un hermano.*

*Nació en Alberique a 25 de diciembre de 1835.
Falleció en esta villa a 19 de junio de 1858.*

Primera meditación de Sigüenza: «Salvadora nació en la Navidad de 1835 y murió en junio de 1858. Tenía veintitrés años. Yo he doblado los cuarenta años. Salvadora nació en 1835; en la Navidad que viene cumpliría ochenta y siete años. ¡Veintitrés... ochenta y siete!... Ahora quizá habría muerto. Veintitrés... ochenta y siete. De modo que ella... De modo que yo...»

Necesita Sigüenza más sutileza de pensamientos.

Segunda meditación...: «“El Dios de Abraham, con su potente mano”... Flores y lágrimas de un padre y de un hermano encima de una losa desde 1858... ¿Dónde está Salvadora Peñalva? Todo tan concreto: “Nació en Alberique a 25 de diciembre de 1835. Falleció en esta villa a 19 de junio de 1858”... ¿Un hueso, un andrajo, algo de Salvadora tan concreto como sus fechas?»

Y Gasparo Torralba se ríe, lamiendo la goma de su cigarro.

Tampoco se le ocurre a Sigüenza decirse «no somos nada». Es de ella de la que no queda nada, porque ni la losa es suya; y han de arrimarla, suelta, contra un muro.

«Al sepulcro también mata la muerte.»

Gasparo enciende con yesca su cigarro, y suelta el humo tupido como una lana, y da con su alpargata un azadonazo en el suelo.

—¡Por ahí estará en la tierra!

Pero no hay tierra, sino un osario molido, un entramado de raíces de un bosque de generaciones taladas; y al pisarlo crujen y salen briznas, aristas, siempre menuditas, como si nada más fueran de huesecitos de niños. En todo aquel recinto del cementerio antiguo no había más cadáver conocido que el del suicida forastero.

—Toda esta tierra y las paredes, todo lo acabé de llenar cuando el cólera.

Gasparo dice «colic», y la palabra y la epidemia tienen más filo asiático, más

filo convulso.

Entonces faenaba de noche, sin farol, para que las gentes, en acecho, no se sobresaltasen.

Fue con su mulo a recoger dos muertos de una masía: padre y un hijo. Pero llegó muy pronto. Aún vivía el hijo, y se sentó a fumar en el portal hasta que le dijeron: «Ya están los dos.» Y los ató juntos en el albardón del macho.

—Cuando vine aquí era la madrugada; y en lo más fondo me salió... ¿a que no lo adivina?

Gasparo se ríe subiéndose la faja.

—Me salió una raposa. Se golpeaba de reconcomio. Los dos nos embestimos. Yo con el legón le arranqué una oreja; ella me mordió en el hombro. Yo me cogí de su rabo y tiré; ella se revolvió; se me quedó todo el pelo entre los dedos como si fuese barbas de avena; y la galopa botó en mis costillas y de mis costillas al tapial, y se fue con el muslo desollado y sangrando...

Por la brega se olvidó de los dos difuntos; sus cajas resonaban de carreras y chillidos de ratas, y con las ratas dentro tuvo que enterrarlos. Desde lejos las sentía pelearse.

Gasparo no podía remediarlo. No paraba por veredas, por barrancales; de heredad en heredad, con su mulo, cargando y descargando muertos.

Bien le preguntaría Sigüenza: «Oiga, Gasparo Torralba, ¿y entre todos esos huesos, ya tan escomidos y frágiles, no los habrá de algún enterrado vivo?» Pero no, no se lo dice porque sería sospechar de su pericia de enterrador.

Gasparo le coge confidencialmente de un codo, y le muestra los herbazales. Entre la frescura va pasando una vibración de lumbre. Otra vez se imagina Sigüenza que se deslicen las pisadas de alguien, de una aparecida invisible.

Y añade Gasparo:

—No había nicho donde no criaran las ratas. Mordían las raíces y los troncos de los geranios, de las malvas, de las rosas y hasta la leña de las cruces. Una perdición. Yo las acabé sin cepos. Yo tengo mi gato, el único gato que aquí hace bondad. ¡Ahora lo verá!

A brincos se precipita retumbando en el bancal de sepulturas; se sume y escarba en la hierba, y saca de la cola una sierpe que se tuerce húmeda y dulce al sol.

—¡No hay animal tan manso y agradecido!

La pone en el muro, y la sierpe vislumbra como un tisú; sin moverse, su latido le va renovando la piel. Hierve fría y multiplicada en la piedra; y la traspasa, la cala, como si la piedra fuese tierna, de esponja, y se la embebiese.

En fin, Sigüenza se decide a preguntar:

—Gasparo, ¿no habrá en el cementerio viejo algún enterrado vivo? En casi

todos los camposantos viejos los hubo. Las epidemias traen precipitaciones...

Gasparo, sin reparar en esas disculpas, vuelve junto a Sigüenza y se queda cavilando.

—Yo me creo que a nadie enterré vivo... Pero aquí hay muertos de dos «colics». ¡Yo sé nada más lo que vi cuando abrimos nichos y capillas y paredes para llevar las cajas a lo nuevo! Mire lo que vi...

Gasparo se aparta chafando una geología de vértebras, de costillajes com-bos, de goznes, de nudos y cabezuelas de cal. Se recuesta en un socavón de los derribos acodándose en la argamasa, y entorna los ojos. Adquiere una actitud de elegancia. Tiene un fondo lejano de graciosos oteros con arbolillos finos; nubes blancas, barrocas; y los huesos fosilizados, que revientan bajo sus alpargatas, resultan emblemáticos. Todo semeja un fragmento de una estampa, de un cuadro que no recuerda Sigüenza si es de Víctor Carpaccio.

—Así como yo me pongo —dice Gasparo—, estaba uno, un difunto; así se nos presentó, sentado y entero, cuando volcamos la pared vieja.

Luego busca otra rebanadura del tapial y la palpa muy calmoso.

—Aquí encontramos tres cajas, una encima de otra, y de la de en medio salía un brazo que se agarraba a la tapa de la de arriba.

...Ya principia a venir la tarde. La claridad es más azul; el aire más oloroso de campo íntimo, y el cementerio, con reposo, con silencio cerrado de «descansen en paz». Reposo y silencio «para siempre, siempre, siempre», dentro de la permanencia de la vida tan de nosotros, sin nosotros, sin nada de nosotros, como de Salvadora Peñalva.

Y en tanto que lo pensaba Sigüenza, como si lo pronunciase su frente, su frente con sensación de campo, de montes y de mar, iba leyendo lápidas de labradores, de señoras, de hidalgos viejecitos, tendidos desde mil ochocientos...; todos ellos, en ese día ancho de verano, día de San Pedro, saldrían a pasear por sus huertas, con sus mejores ropas, las mismas ropas ya estrujadas detrás de esas lápidas.

Al abrir el portalillo para marcharse se les ofrece bajo todo el pueblo en la falda del alcor.

Desde el pueblo no se puede mirar al cielo sin presentir cada uno su fosa. Las cruces se clavarán en los ojos, las cruces de los difuntos de cada familia.

Gasparo dice:

—¡No se les clava nada! El camino es un muladar. No quedan cipreses; no queda Calvario. Ni vienen ni miran, y si miran, no ven.

Es verdad. Tienen encima sus muertos; pero la muerte, la muerte está más allá del horizonte de nuestros pensamientos y de nuestros ojos.

Gabriel Miró

Alicante, 1879 - Madrid, 1930

Considerado —como dijo Jorge Guillén— «el escritor más original de su país y de su época», Miró transformó en prosa el paisaje, la memoria, la luz mediterránea, la intimidad y lo cotidiano. Con una obra que se mueve entre la novela lírica, la evocación sensorial y la introspección existencial, su legado sigue vivo. Para la Fundación Mediterráneo —depositaria de su legado— es un orgullo rescatar su voz y su mirada mil veces sugerente sobre la tierra, el alma y el tiempo.

Gabriel Francisco Víctor Miró Ferrer nació en Alicante el 28 de julio de 1879. Provenía de una familia acomodada —su padre, Juan Miró Moltó, era ingeniero de Obras Públicas—. Desde niño mostró inclinaciones literarias: mientras estudiaba internado en el colegio de la Compañía de Jesús en Orihuela obtuvo su primer premio de redacción escolar. Enfermedades infantiles y problemas de salud marcaron su juventud, y ello influyó en su forma-



ción, sus lecturas y su sensibilidad hacia lo íntimo y lo melancólico.

Completó el bachillerato en Alicante —tras un breve traslado familiar a Ciudad Real— y posteriormente estudió Derecho, primero en la Universidad de Valencia y luego, licenciándose en 1900 en Granada. A pesar de su formación jurídica, la literatura se impuso como su verdadera vocación.

En 1901 se casó con Clemencia Maignon, hija del cónsul francés en Alicante; tuvieron dos hijas: Olympia (1902) y Clemencia (1905). Para ganarse la vida, Miró desempeñó diversos cargos burocráticos mo-

destos —administrativo en instituciones locales, cronista oficial de la provincia de Alicante, y traslada su residencia a Barcelona en 1914, para trabajar en la Diputación provincial. En 1920 se trasladó a Madrid, tras ser nombrado funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, y allí residió hasta su fallecimiento.

Aunque su vida “oficial” transcurrió entre papeles, oficinas y traslados, lo esencial de Gabriel Miró fue su vida interior, su capacidad para transformar los paisajes, los recuerdos, la naturaleza, la devoción, el silencio, la enfermedad y la vida cotidiana en materia literaria. En sus propias palabras: «Amo mi arte con el amor de mí mismo... me voy creando siempre como artista».

Su obra —cerca de 20 novelas y numerosos cuentos, artículos, crónicas y prosas en prensa— se distingue por una prosa intensa, a veces densa, repleta de imágenes sensoriales, metáforas, sinestesias y un uso cultivado del lenguaje. Las novelas de Miró no aspiran tanto a contar tramas convencionales como a captar atmósferas —interiores y exteriores—, estados de ánimo, tiempos que se diluyen, mundos en suspenso.

Para muchos críticos, su proceso creativo nunca descansó: cada página le parecía la primera de su vida de



escritor. Tal entrega y exigencia hicieron que su obra fuera considerada uno de los ejemplos más destacados de una narrativa lírica en español, íntimamente vinculada a lo sensorial, a la memoria, al paisaje y al paso del tiempo.

Entre sus títulos más importantes destacan *Las cerezas del cementerio* (1910), considerada por muchos como su primera gran novela y el *Libro de Sigüenza* (1917–1918), un conjunto de estampas autobiográficas narradas por su alter ego literario, Sigüenza.

También es muy relevante el díptico formado por *Nuestro padre San Daniel* (1921) y *El obispo leproso* (1926) — polémico en su época por su retrato de la realidad religiosa — o textos autobiográficos y de reflexión como *El humo dormido* (1919).

Años y leguas (1928), su última novela dentro de la que se incluye el relato *Huerto de cruces*, condensa su sensibilidad hacia el paisaje alicantino, la memoria, el paso del tiempo y la fugacidad de lo humano.

Gabriel Miró falleció en Madrid el 27 de mayo de 1930 cuando contaba solo 50 años, a causa de una peritonitis. A pesar de su muerte temprana, su obra



se ha mantenido viva y vigente: ha influido en generaciones posteriores, especialmente en los autores líricos de la Generación del 27, aunque hoy su figura y obra no recibe el merecido reconocimiento que merece.

La Fundación Mediterráneo custodia y conserva su legado —biblioteca personal, manuscritos, correspondencia, documentos—, lo que permite leerlo, revisitarlo y revivir la intensidad de su mundo interior.



Buscamos
amantes
de la Cultura